

CONVENIO DEL ZANJON.

CARTA DEL

SR. RAMON M. ROA.



NEW YORK.

IMPRESA Y LIBRERIA DE N. PONCE DE LEON,
40 Y 42 BROADWAY.

1878.

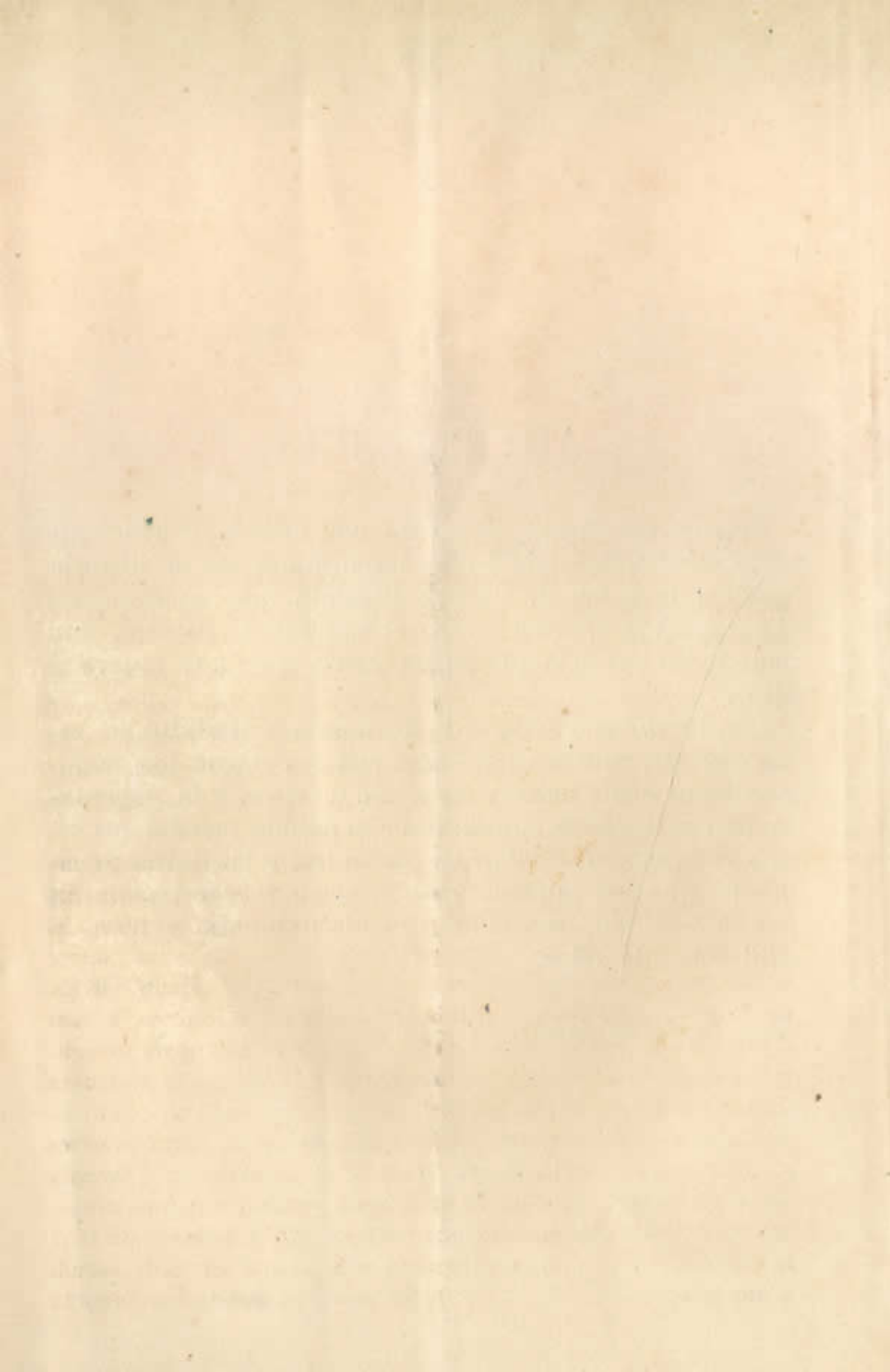
ADVERTENCIA.

Damos esta carta á la prensa por creerlo conveniente al esclarecimiento de hechos importantes en la historia política de la Isla de Cuba, esperando que su autor nos dispensará la libertad que nos tomamos al hacerlo, aun cuando no sea más que por la causa que nos mueve á ello.

Compatriotas ó amigos de los hombres aludidos en estas páginas, solo sentimos en nuestro corazon los mejores deseos hácia todos y cada uno de ellos, y la esperanza de que la patria agradecerá con debida justicia los serios sacrificios, los peligros constantes, y las duras penalidades que con la mas noble intencion experimentaron por su felicidad, “agradando á cada uno para su bien, y edificacion de todos.”

J. M. M.

New-York, Diciembre de 1878.



32

Sagua, Agosto 3 de 1878.

Sr. Juan M. Macías.

MATANZAS.

Mi muy querido amigo :

A mi paso por la Habana supe que se hallaba usted en la ciudad de los Dos Rios. Allá pues, le dirijo la presente con la esperanza de que la reciba.

Como supongo que no tendrá usted un conocimiento perfecto de las causas que motivaron la actitud del Departamento del Centro, le enfadaré ahora con una relacion de los hechos segun me constan, y con las observaciones que me han sugerido, cumpliendo así con el deber de dar al amigo cuenta de mi conducta, sujeta hoy al fallo de la pasion ó del capricho.

Cuando el Gral. Martinez Campos al frente de 9 ó 10.000 hombres salió de Ciego de Avila para el Centro de la Isla, en la primavera de 1877, dejando no poco desmoralizadas y reducidas nuestras fuerzas de las Villas, por efecto de las bajas en presentados, prisioneros y las naturales de la lucha,—el estado del Camagüey era satisfactorio: habia organizacion, disciplina y buen deseo. Todo hacia esperar que el enemigo no obtendria grandes ventajas; porque sus tropas, despues de una campaña rudísima, debian resentirse de las fatigas consiguientes. Así es, que el espíritu público era levantado y la confianza en el éxito tambien se conservaba á buena altura. Pero el 11 de Mayo, dia funesto, aniversario de la caida de nuestro gran repúblico Agramonte,—debia ser una fecha mas funesta todavía. El 11 de Mayo de 1877, se dió á la circulacion un programa político que servia de escudo á una sublevacion militar! ¿Quién podia en aquellas circunstan-

cias, frente al enemigo comun, proyectar atentado semejante? ¿Quién podia revolver contra la República las armas de la República? . . . El Mayor General Vicente García era el eje principal de la conspiracion, el mismo que se habia pronunciado en las *Lagunas de Varona* el año de 75. Sus agentes y los del Club revolucionario se introdujeron en nuestros campamentos; nuestros regimientos de caballería é infantería, esceptuando el de "Jacinto," en cuyo honor sea dicho, se vieron en cuadro por las deserciones con armas, caballos y pertrechos, y sus jefes y oficiales reducidos á la impotencia para hacer frente á un enemigo, que con toda calma ponía en ejecucion sus meditados planes.

Miéntas esto acontecia en el Camagüey, se pronunciaban las Tunas, desconociendo al Gobierno y á los jefes delegados de éste que no apoyaron la rebelion. En Oriente hubo tambien agitacion en las fuerzas; las deserciones ocurrieron en mayor ó menor número, y los campamentos cubanos no presentaban aquel alarde de alegría, que siempre los habia distinguido, á pesar de las mayores penalidades. Cuando allí hizo su invasion el enemigo, hubo actividad, no obstante, por parte de los nuestros; la resistencia fué notable y el éxito coronó algunas jornadas de mas ó menos importancia; pero no debido á la solidez de la masa que se oponia al enemigo, sino á la decision, arrojo y pericia del Gral. Maceo, y de aquellos de sus gefes subalternos que se mantuvieron en el orden con sus escasas tropas.

Aflietiva era nuestra situacion en el Centro por efecto del llamado *movimiento politico*. La tropa, ansiosa de soltura, se diseminó por cuenta propia; y solo el esfuerzo de algunos diputados con el apoyo de otros buenos patriotas, y tal vez el cercano peligro de una persecucion amenazante, los hicieron volver en parte á la obediencia. Pero ah! . . . no volvian como *soldados*, no por acatamiento á la Ordenanza, no por deber militar; sino por obra de la *persuasion* y como *patriotas* condescendientes con aquellos señores, quienes en algunos casos valiéronse de súplicas. Este artificio no pudo durar mucho. Sobrevinieron las operaciones, transcurrieron pocos meses, y las deserciones al enemigo con la desmoralizacion consiguiente, hicieron casi insignificantes á aquellos escuadrones y á aquellas compañías, que poco tiempo antes valieran una esperanza para el porvenir.

La correspondencia de las Villas, fecha de Setiembre de 77, nos daba á conocer una escision entre el Gral. Roloff y el Corl. Jimenez con otros jefes, hablándose del segundo con reticencias maliciosas. Se nos pedian *refuerzos* y hasta se *pedian* jefes; entre éstos, algunos que habian sido *rechazados* un año ántes en una "sublevacion" que dió al traste con la brillante division de Sancti Spíritus y Remedios.

En el mes de Octubre, cuando la campaña era sostenida en el Centro sólo por el regimiento "Jacinto," por grupos á las órdenes del Brigadier Benitez y el Corl. Mola, y por otras fracciones casi insignificantes en número, ocurrió la llegada de E. de Varona, Antonio Bello y sus secuaces, quienes venian con indicaciones de *paz* el primero, con no sé qué pretextos los demas; pero todos procedentes de las líneas enemigas. La Ley los condenaba, y ya usted conoce el fin de la *comision*.

Para esta época sucedió la separacion de Holguin, erigido en canton aparte bajo los auspicios del diputado Dr. Collado. En Bayamo, la defeccion de Bello fué seguida de la de otros muchos que se convirtieron en instrumentos eficaces de nuestros adversarios.

En Noviembre y Diciembre la persecucion contra el Camagüey fué tenaz y de resultado para el perseguidor, especialmente en el territorio del Este, donde se habia "localizado" la guerra. "Jacinto," única fuerza que se conservó en el orden, se vió diezmada; y el Gobierno y la Cámara, á quienes custodiaba, tuvieron que fraccionarse despues de varios percances. En las operaciones desde Agosto en el Centro habiamos perdido en la clase de jefes, al Corl. Urioste, Tte. Corl. Duque Estrada, Tte. Corl. C. Agüero y Tte. Corl. Cosío, y los Comtes. A. Valdés y P. Diaz, prisioneros; El Diputado Machado, el Corl. G. Betancourt, el Tte. Corl. Sorí, el Cmte. La Rúa, muertos en accion, y por último al Presidente de la República que cayó en poder del enemigo.

Solo el Gral. Maceo podia ofrecer, y ofrecia, resistencia que merezca mencionarse. El enemigo se habia reconcentrado sobre el Centro y redoblado allí su actividad. Entre Sancti Spíritus y Remedios habia escaramuzas: entre Cienfuegos, Villa Clara, y Sagua, nada. El Brigadier Angel Maestre, al decir de los espa-

ñoles, andaba en "conferencias", y es lo cierto que sus armas resonaban poco, al paso que el Coronel Cecilio Gonzalez se encontraba en la Ciénaga de Zapata, aunque ni el Gral. M. Campos ni nuestro Gobierno lo sabian entónces. No operaba. Y no es tará de mas advertir aquí, que el Camagüey, en donde estaba el Gobierno, contaba por *meses el tiempo transcurrido sin comunicarse* con los demas departamentos.

En el último tercio de Diciembre, por solicitud del Gral. Javier Céspedes, encargado del Poder Ejecutivo, la Cámara de R R eligió Presidente, recayendo la eleccion en el Gral. Vicente García, el de "las Lagunas", el del "11 de Mayo", el del "movimiento político". No sé si el mismo dia, ó dentro de las 24 horas subsiguientes, tuvo lugar una reunion de Diputados, Jefes y Oficiales para *pulsar* la situacion y buscarle algun remedio. Si se la juzgó grave ó no, dígalo el Presidente de la Cámara, Salvador Cisneros Betancourt, que indicó al Tte. Corl. A. Estrada la necesidad de que viera al Tte. Corl. E. D. Estrada, tio de éste, prisionero residente en Sta. Cruz, para que á su vez dijera al Jefe español que *hiciera proposiciones*. El Jefe contrario, sin el preliminar de convenio alguno, suspendió desde luego las hostilidades en el Este y Sur del Camagüey, y envió al campo insurrecto al mencionado D. Estrada, para poner su determinacion en conocimiento del Brig. Benitez. Este quiso reducir á prision al emisario; pero aconsejado por varios diputados, jefes y oficiales, entre los primeros el Cisneros Betancourt, se *convenció*, conforme le dijeron, de que "tenia derecho á aceptar la suspension de hostilidades", en virtud de haber acordado la Cámara, despues de la ejecucion de Varona y ántes de la salida del Tte. Corl. Estrada para Sta Cruz, que "recibirian comisionados para tratar de suspension, cange y regularizacion", cuyo acuerdo fué promovido por el susodicho, ántes mencionado y ya referido Presidente de la Cámara, Salvador Cisneros Betancourt.

La suspension era válida hasta el 13 de Enero de 78. Y entra aquí mi humilde personalidad, cuya intrusion espero disimule el amigo á quien escribo. Yo estaba á unas diez leguas de distancia del campamento neutralizado, hecho cargo de la redaccion del periódico, interrumpida entónces por la falta de *comunicacion*,

al mismo tiempo que tratando de recuperar mi salud. El Gral. Gomez y el Brig. Gonzalez con dos ó tres oficiales y una pequeña escolta á pié, se dirigieron á Najasa á despachar asuntos particulares y tuvieron la bondad de reclamarme una visita, en la cual me refirieron lo de la marcha del Tte Corl. Estrada á Sta Cruz con varios diputados, y el objeto que les llevaba, consecuencia de la reunion ya referida, ignorando ellos el resultado de tan "riesgosas medidas". El 8 de Enero recibió el Gral. Gomez en mi presencia un expreso del Brig. Benitez. Este le daba cuenta de la suspension de hostilidades, que hasta entónces ignorábamos, y le suplaba marchase con los diputados Spotorno y Betancourt y conmigo, para que "le ayudasen todos á salir del berengenal en que estaba metido", pues él habia aceptado por su parte la suspension. Nos pusimos en marcha dudando aun, no de la exactitud de la noticia, sino de que se cumpliera el convenio tácito habido entre los Jefes de ámbos mandos, por no haber mediado trámite alguno oficial y legítimo. Una proclama del Comte. Gral Cassola, hallada al paso, nos sacó de dudas, pues anunciaba que se reanudarían las hostilidades el dia 13.

Llegamos al campamento del Brig. Benitez á marcha forzada, creo que el dia 12. El Brigadier, que yo sepa ó recuerde, no se consultó con nosotros, como expresaba desearlo en su carta, sino con Cisneros Betancourt y demas Representantes del Camagüey, resolviendo que el Dr. Luaces y yo saliésemos para el Chorrillo, adonde debia haber llegado el Gral Martinez Campos, para conferenciar con éste y acordar una próroga definida del estado de suspension, que habia prometido prorogar el Gral. Cassola, sin fijar término en entrevista con el Comte. Collazo. Conforme á instrucciones, conferenciamos sin que se tocara *ni un punto acerca de la Paz*, y se convino, no sin algun trabajo, en extender el plazo al dia 10 de Febrero próximo, fundándonos nosotros en que el Presidente electo no habia llegado todavía al campamento á pesar de haberse marchado en su busca *hacia ya semanas*, sin que *pudiera encontrársele*. Tal era el estado de incomunicacion.

El Jefe español expidió volantes para facilitar el tránsito de nuestras fuerzas, fuera del territorio neutralizado, hácia el cam-

pamento del Brig. Benitez, acordándose un aviso previo de algunos dias para romper las hostilidades en su caso. El Brigadier despachó para Oriente á los Comtes, Collazo y Castellanos para que se vieran con el Gral. Maceo y para ponerse con él al habla. El diputado Marcos García salió para las Villas, tanto para cerciorarse de lo que allí pasaba como para informar del estado de las cosas que dejaba á retaguardia; y otro oficial se dirigió en pos del electo Presidente.

Ni Luáces ni yo, ni ningun otro Jefe ú oficial del Ejército Cubano en el Centro habia infundido aun con sus palabras, esperanzas de paz al enemigo.

Collazo y Castellanos llegaron á Holguin y hasta Cuba, segun creo, y no pudieron avistarse con el Gral. Maceo ni con *ningun otro cubano*, á pesar de los conocimientos del terreno que poseia el segundo. El diputado García sentó sus reales en las Villas, campamento insurrecto del Corl. Serafin Sanchez, cerca de Iguará, cuyo Coronel Sanchez *estaba ya comunicándose* con la autoridad de España.

El Presidente V. García vino al campamento del Brig. Benitez muy pocos dias antes del 10 (paréceme que el 5). Habia conferenciado con el Gral. Prendergast en las Tunas, por medio del Corl. Fonseca y del ex-diputado Trujillo y *habia recibido* un pliego de proposiciones referentes á la paz. Dió cuenta á la Cámara, se hizo público el "pliego" (*ó billete amoroso* como sardónicamente algunos lo llamaron) y esta fué la señal para que por *primera vez* se hablase sin embozo de la paz en el cuartel de nuestras fuerzas. Hasta entónces, si todos ó algunos se sentian inclinados á *ella*, ó de *ella* hablaban⁴ en privado, *ninguno* se habia declarado abiertamente. Celebró despues una conferencia el Presidente García con el Gral. M. Campos, y allí tambien, por *primera vez*, se habló de la paz con el caudillo español, clara, estensa y patéticamente.... Tan complacido quedó el Gral. Campos que su semblante hubo de aminorarse, despues de la duda que hasta entónces tuviera respecto del resultado de la suspension de hostilidades.

El Gral. Gomez y el Brig. Gonzalez, por ser extranjeros sin colocacion, y yo, por enfermedad (reumatismo articular) hicimos

petición de pasaportes para el exterior, la cual nos fué denegada el día 5 de Febrero.

Llegó el momento fatal: la fuerza armada se formó, y casi unánimemente, hecha la manifestación de que vencía el plazo, aclamó la *Paz*. Deshecha la formación como *soldados*, la pidieron también como *ciudadanos*, tomándose la votación por escrito, y ratificándose de varias maneras. En este estado renunció la Cámara de R. R. y quedó disuelta, nombrándose un comité de siete para ajustar la paz con el Gral. M. Campos sobre bases honrosas. Ya en Santi Spíritus, *se habían hecho manifestaciones* terminantes, favorables á ese fin, las que decidieron al Representante de las Villas, Corl. Spotorno á renunciar sus poderes. No asistían á las sesiones hacia algunos meses los diputados de Oriente. . . . Los del Camagüey, creo que todos, exceptuando Salvador Cisneros Betancourt, que tuvo á bien "protestar", como no era de esperarse dada su conducta en esos días, se resolvieron á votar con los de Occidente, la disolución del Cuerpo Legislativo.

El Comité se sirvió nombrar á Luáces y á mí para cerrar el convenio; y el día 10 después de algunas diferencias que se zanjaron con *instrucciones directas* del pueblo el cual había modificado las proposiciones recibidas por el Presidente García, se acordó el tratado del Zanjón.

Para el caso de desavenencia se había convenido en que la Cámara y el Presidente serían restituidos á sus puestos para continuar la lucha, quedando mientras tanto como Jefe del Estado el Presidente García, que *aceptó el nuevo orden de cosas*, según consta en actas del Comité, y según nota del Presidente García al Gral. M. Campos, participándole la salida de los comisionados del Comité Luáces y Roa, para el Ctel. Gral. español á negociar la paz.

Había llegado la hora suprema de someterse al Gobierno de España; la de dar á la publicidad los nombres de los que habían de ser sacados á la picota por los intransigentes; y algunos pecadores vergonzantes hicieron que hacían por retroceder. ! Falsa contrición de corazones pepueños! Porque el *campo estaba abierto*: el tránsito por toda la isla estaba *abierto*, según orden del Gral. Campos mandando cesar las operaciones, y allí, en

Oriente, *estaba todavía* el Gral. Maceo, cuyas intenciones ignorábamos, siendo fácil marchar á incorporársele sin el menor peligro. Pero *nadie* fué. Por qué? Porque á *nadie* le vino en voluntad; porque *nadie* allí queria ya la guerra.....

Se fijó el 15 de Febrero para efectuar la capitulacion. Mientras tanto, el Comité despachó comisiones para informar á los demas, é invitarlos al movimiento á fin de que fuese simultaneo en caso de *asentimiento*. En las Villas todos se adhirieron, como lo comprueban los hechos. En Oriente, aunque no se admitió *al pronto* la suspension de hostilidades, se entablaron por último negociaciones que despues de varios incidentes, trajeron el resultado que todos conocemos. Verdad es que Oriente una vez aislado, único objetivo del contrario, no podia ya razonablemente resistir con buenas esperanzas.

El Gral. V. García, cuya conducta merece se la estudie detenidamente, por lo que de *misteriosa* tiene en estos asuntos, marchó hácia las Tunas, que al decir de algunos, era su *única patria*, prometiendo regresar el 25 con todas sus fuerzas, para *venir á capitular* el 28. segun consta en acta del Comité. Pero no fué ésta la primera vez que el *reformador político* de las Lagunas y del 11 de Mayo faltó á sus promesas. Apenas se alejó una jornada, despachó emisarios cerca del Gral. Maceo para trabajar en sentido contrario á la capitulacion. ¿Qué se proponia el Gral. Vicente García, último Presidente de la mutilada República? ¿Continuar sinceramente la guerra? Entónces ¿por qué no le arrancó un laurel á la fortuna, empezando por derogar las órdenes del Brig. Benitez tocantes á la suspension, notificando á los españoles para romper las hostilidades, en vez de comprometerse en conferencias, y reanudando aquellas con la prision y enjuiciamiento de los consejeros de aquel, ó con la ejecucion sumaria de los que hubiesen pronunciado la palabra *paz*? ¿No tenia allí mas de cien hombres de su antigua fuerza, que le escoltaban y en los cuales manifestó siempre tener ilimitada confianza? Seria porque *él*, el "Presidente", fué el primero que trató de la paz con el General Prendergast y con Gral. M. Campos? Parece que aun tenia sus "léjos" de concienzudo el nunca bien comprendido último Primer Magistrado de la República Cubana! Sí! Parece que

la escrupulosa conciencia del Ciudadano Presidente debia estremecerse ante la idea de disparar sus armas sobre los *traidores* del Centro; porque él mismo mas de una vez, habia provocado la guerra civil, habia pisoteado la Ley, habia empujado el pais hácia el abismo, y la República balbuceaba su nombre en el estertor de la agonía!....

Del 10 al 28 de Febrero, desde el dia del convenio hasta el de la capitulacion, las comisiones desprendidas del Comité recorrieron casi todo el territorio insurrecto, informando favorablemente al Centro respecto del espíritu de paz que reinaba en todas partes, escepto en las fuerzas del Gral. Maceo (Guantánamo y Cuba) que no estaban reunidas, y cuya inclinacion se ignoraba, sospechándose desde luego que dicho Gral. y algunos jefes estaban decididos á continuar la guerra.

En la tarde del 28 de Febrero, las fuerzas del Centro (400 hombres armados) entraron por su voluntad en la ciudad de Puerto Príncipe capitulando en el Cuartel de la Vigía, al mismo tiempo que en la jurisdiccion de Sancti Spíritus lo hacian las fuerzas de aquella Brigada. Oportuno paréceme observar, para que se vea si era *espontáneo* el movimiento de la paz, que apesar de haberse convenido en que la capitulacion se efectuaria en despoblado, las fuerzas armadas, despues de dos meses de armisticio, decidieron por sí mismas que tuviera lugar el acto de la manera como se efectuó!...

Ahora bien. ¿Qué motivos tuvieron para capitular el Centro y las Villas, que lo hicieron simultáneamente? Respuesta no difícil para el que viniera observando los acontecimientos de la Revolucion, cuya última etapa comenzó coincidiendo con la llegada del Gral. Martinez Campos al frente de 25,000 hombres. ¿Podrian atribuirse los motivos al temor personal de cada uno de los individuos de la revolucion en el Centro y en las Villas? ¿Podria atribuirse al temor de no alcanzar el éxito?

Sospechar cobardía en hombres que durante largos años, vencidos unas veces, vencedores otras, habian adquirido familiaridad con el peligro, parece fuera de razon. Bien podia enfriarse el entusiasmo, disminuirse la *acometividad*; pero el valor del sufrimiento, el valor del *martirio* es comun á todos los hombres dig-

nos, y no hay tampoco razon para creer que el sentimiento de la *dignidad* se hubiera *menguado*, sí que robustecido en corazones templados al calor de los combates y de la persecucion.

Ni se me diga que el temor á un fracaso influyera tan hondamente en el ánimo de aquellos veteranos. El año de 71 nuestros recursos, nuestro número y nuestra práctica de la guerra eran infinitamente menores que en el año de 77: entónces el enemigo era mas poderoso moralmente, pues con frecuencia nos dispersaba estando desnudos, hambrientos y sin municiones. Entónces solo el que estuviera poseido de un fenomenal optimismo, podria creer en que la victoria fuera nuestra; y sin embargo, los que rodeaban á Agramonte, los mismos que *ahora* han *capitulado*, eran los que desafiaban la suerte, con las "frentes radiosas," como él decia, y los que en aquella época hubieran rechazado toda transaccion.

Por penoso que sea, debemos expulgar las causas de la decadencia y desmoronamiento de la Revolucion, haciendo caso omiso del temor vulgar de comprometer la vida ó de perder la última jornada; porque cualquiera que haya servido en una campaña tan azarosa y tan especial como la nuestra, sabe perfectamente que las victorias cuestan tanta ó mas sangre que las retiradas y derrotas. Si miéntras no tuvimos otro enemigo que España con la traicion desembozada, aunque estuviera lóbrego el porvenir resistimos y luchamos, rechazando todo conato de negociacion con la Metrópoli; lógico y natural es, que exista alguna causa interna, extraordinaria, capaz de producir tan violenta metamorfosis: de la irreconciliacion á la capitulacion.

He aquí la causa en mi humilde concepto. La *indisciplina* que cundió en nuestro Ejército como consecuencia fatal y necesaria de las cábalas políticas, de las falsas doctrinas *democráticas*, de los motines y de las sublevaciones, que comenzaron desde el año de 74 con un Brigadier Acosta, y un Comandante Leon, reproduciéndose el 75 con un General García, en los momentos mas preciosos; el 76 con jefes de las Villas á la llegada del Gral, Martinez Campos; y el 77 con el mismo García en el Camagüey, en las Tunas y en una parte de Oriente. Por eso el sentimiento del honor militar casi se desvaneció como una sombra; nuestro

pequeño Ejército, fraccionado é inconexo, careció de unidad; se multiplicaron las deserciones, *hubo* que tolerar abusos y la ambicion sedujo á muchos superiores y á no pocos subalternos. Por eso unos se disputaban mandos encumbrados; otros el mando de guerrillas, no por la senda del honor y de los méritos, sino desobedeciendo á veces con sordas amenazas, si era necesario, y con la tendencia invariable á desligarse en todo lo posible. Si aun se buscaba la Independencia pátria, se sobreponia la *independencia personal*. Por eso no pudo organizarse nunca un gobierno duradero y respetable, ni designarse un General en Jefe del Ejército desde el año de 69. De este abismo surgió la *desconfianza mútua* entre todos los hombres: la fuerza moral colectiva se redujo á cero; no habia tacto de codos; la burla y el descrédito sucedieron á la cortesanía y al respeto; la calumnia encendió los cerebros y enfrió los corazones; los mas amantes del orden fueron tildados de arbitrarios; resultando al fin, de tan raros elementos un *fantasma* sin piés y sin cabeza que no tardó en desvanecerse ante la actividad y la fuerza de un enemigo que *supo aprovecharse del terreno*. . . .

“Independencia ó muerte”: ese era nuestro lema; porque ese fué el que se grabó en la bandera de la Revolucion, y todos lo acojimos con el amor y la decision de que son testigos nueve años; pero sin soñar siquiera, que tendríamos que luchar con *nosotros mismos*; no digo con la inmensa mayoría de los cubanos que era indiferente, estaba con España ó no atinaba á socorrernos, sino con *nosotros mismos*, los que en un mismo vivac y á la lumbre de una misma hoguera nos consolábamos de nuestra desnudez, y los que respondíanos al mismo clarín en la hora del combate.

Este poderosísimo elemento en combinacion con todos los demas que tuvimos que combatir, nos lanzó al mar de la desesperacion, en el cual hubiéramos perecido estérilmente, en lentas agonías, si la capitulacion no nos hubiera ofrecido una tabla en que salvar lo que nos quedaba ya de nuestra honra. . .

Y si tal era nuestra situacion; si la esperiencia de diez años habia traído el convencimiento de que no vendrian nuevos elementos favorables á reformar aquella sociedad, á aumentar nues-

tro número, reducido cada día por las deserciones, sobre todo; si la Emigración estaba desde ántes dividida por la discordia en fracciones que no se disputaban por cierto el honor de habernos enviado grandes recursos, á trueque del mal ejemplo que sentaban; tales condiciones ¿no justifican la capitulación? ¿no merecen los capitulados del Zanjón el respeto de sus compatriotas, siquiera por los sacrificios de todo género á que voluntariamente se prestaron tantos años?

Si nos hubieramos rendido sin combate á la fuerza *material* de un enemigo altanero, yo me arrepentiría de haber tomado parte en el convenio del Zanjón; pero rendidos á un enemigo que observó las leyes del decoro militar y que contaba en su apoyo la fuerza *moral* incontrastable de nuestras desavenencias y de nuestra desorganización completa, yo no puedo arrepentirme de haber seguido la corriente de aquel pueblo del Centro, extenuado de la fatiga y enflaquecido por la desesperación. Su Agramonte salvador de una época, había caído para siempre; era en vano llamarle: la roca misma que se había opuesto á la nave del Estado cuando parecían impulsarla las brisas de la suerte, estaba ahora transformada en su piloto! Su alma era de piedra: era Vicente García! . . . Jefes de reconocida habilidad y de inequívoca honradez, condenados á cruzarse de brazos por los acontecimientos anteriores, presenciaban con forzada paciencia la catástrofe, sin poderla remediar; porque ¡triste es decirlo! se había perdido la esperanza, ya era tarde . . . Estaban allí como las luces fosfóricas, para hacer mas horripilante la oscuridad del cementerio.

Usted mejor que yo, conocerá los sucesos posteriores hasta la pacificación completa. Aislado aquí entre los que quedan de mi pobre familia, poco ó nada sé de lo que pasó en Oriente, porque aunque estuve algunos días en Nueva York, no se me ofreció la oportunidad de conocer los hechos. Aquí, cosas que me atañen muy de cerca preocupan mi ánimo, y solo hieren mis oídos voces lejanas de *traición, soborno, infamia!*

No se nos había escuchado, y ya el veredicto era *traición* ¿Por qué fuimos *traidores*? ¿Acaso porque no vencimos, porque no fuimos gigantes fabulosos capaces de prodigios? ¿Acaso porque

la pátria entera pesaba sobre *unos pocos*, y no pudimos con su *inmensa pesadumbre*? ¿Acaso porque no vencimos á un enemigo reforzado con el contingente moral de nuestra situacion interior; en una palabra, reforzado con *nosotros mismos* por torpeza? ¿Estábamos obligados á hacer perdurables el luto y la desolacion estérilmente, por conquistarnos el título de héroes, sin provecho de la pátria, sin el aplauso de *nosotros mismos*? ¿Somos *traidores* los que capitulamos militarmente, como han capitulado en otros paises y en todas las épocas fuerzas armadas, en mejores condiciones? ¿Fuimos *traidores* los que no nos *pasamos* al enemigo, puesto que se obligó el vencedor á no utilizarnos en las armas? ¿Somos *traidores* los que, siendo una minoría pequeña, *no atamos de manos* á la Emigracion que nos veia despedazar, ni á los cubanos que estaban con el enemigo, miles de los cuales ayudaban á despedazarnos? ¿Somos *traidores* los que estuvimos nueve años en el *puesto*, aguardando, no el *relevo* para retirarnos, sino un *refuerzo* de esa inmensa mayoría para continuar de *guardia*? . .

Lo que de *soborno* se dice es una calumnia, y como calumnia es torpe y es inmerecida. Ahí están los jefes españoles: ellos podrán decirlo. Ahí están los capitulados del Zanjón, aceptando *trabajo* por medio del Gral. Martínez Campos, para *no morir de hambre*! Si ese General los hubiese *comprado*, los despreciaría y se guardaría de ellos como de indignos sobornados. A los nueve años de sacrificio vuelve el soldado al hogar, y solo porque su enemigo *pudo mas*, tiene de adversarios á aquellos por quienes *battó*! Torpe los que quereis enlodar á quienes, aun sentando que el Zanjón fuera un error, os han honrado en nueve años de contienda! Si esa *pátria* que teneis en vuestros labios hubiera confiado su suerte á vuestros *esfuerzos*, pobre pátria! . . .

Infamia! ¿Bajo qué punto de vista hay infamia en la capitulacion? Un ejército sitiado capitula, una division aislada del ejército capitula, cuando no hay probabilidad de rechazar al enemigo, ó de abrirse paso, despues de haber probado fortuna y sufrido grandes pérdidas, sin que en ese caso se abomine á los capitulados. Y nosotros en esas mismas ó en peores condiciones; aislados, incomunicados, sin fuerza moral sobre la masa, despues de larga y ruda prueba, en la que experimentamos grandes pérdi-

das; sin tener donde reponernos ni á quien incorporarnos por falta de territorio y de recursos y por el espíritu de *localidad* predominante siempre, y desalentados por el *abandono* de nuestros *aliados* naturales; merecemos el título de *infames*! Y cuántos *honrados caballeros*, patriotas insignes, gozan de los beneficios de nuestra *infamia* sin ruborizarse! Los *infames* arrancamos á muchos la mordaza en el Zanjón para que pudieran infamarnos! Los *infames* gritábamos “independencia ó muerte” donde podíamos alcanzar una ú otra; los *caballeros* gritan “independencia ó muerte” donde no pueden alcanzar ninguna de las dos!

Como mucho se ha hablado de cantidades de dinero empleadas por el Gral. Martínez Campos para obtener la capitulación, diré á usted lo que ha pasado en cuanto á oro con los hombres del Zanjón. Suspendidas las hostilidades, y *antes del convenio*, jamás se aceptaron raciones para la tropa, *única cosa* que, en la forma mas cortés, ofrecieron los jefes españoles, *sin perjuicio del resultado* de los asuntos pendientes. Dijeron los jefes españoles que al hacer tal ofrecimiento, se fundaban en que eso se acostumbra en la guerra en caso de cesación de hostilidades. *Hecho el convenio*, se aceptó despues una muda de ropa para cada uno de los de la clase de tropa (no los oficiales). *Terminada* la capitulación, y *dos dias despues*, cuando ya cada cual estaba tratando de avendarse, se ofreció á los oficiales cubanos la paga de dos meses con arreglo á sus grados y á nuestra ley de sueldos, como un auxilio que queria prestarles el Gral. Martínez Campos, en vista de la “pobreza” de todos y del estado de escasez en que encontrarían á sus familias y amigos los que los tenían, y para que esa cantidad les sirviera mientras lograban colocarse. Trabajo costó convencer á la oficialidad de que la aceptación de ese espontáneo ofrecimiento no ofendía su delicadeza, puesto que en ese sentido nada se habia hablado ni *antes* ni *despues* del *convenio*, sino con posterioridad á la *Capitulación*. Por fin, la mayoría aceptó en calidad de adelanto; muchos aceptaron para hacer donaciones á prisioneros nuestros y á familias necesitadas, y unos cuantos no aceptaron porque no les era necesario. Recuerdo que Luáces, Spotorno, Mola y otros distribuyeron su parte, como lo hice yo, y les consta á muchos compañeros y al Brigadier español Sr

Mella, por cuyo conducto favorecí á un amigo prisionero. No sé si este hecho *posterior* á la capitulacion, sin *prévio convenio* ni *insinuacion* siquiera de ninguna de las partes, habrá dado márgen al supuesto *soborno*. Aunque no me consta, creo que en Sancti Spíritus pasó lo mismo, segun me dijeron en aquellos dias oficiales españoles. El Jefe español jamás ofendió nuestra delicadeza. Esta es la verdad.

Terminaré con algunas observaciones sobre el Comité. Este fué nombrado por el *pueblo ya decidido* por la paz. Miembros del Comité habian trabajado por la guerra hasta que el pueblo se decidió por lo contrario. Los comisionados del Comité para el convenio no se congraciaron con el Jefe contrario, sino que le manifestaron que eran "instrumentos del pueblo", por lo cual nada decidieron por sí mismos. Los miembros del Comité aceptaron su cometido cediendo á las súplicas del pueblo, de sus compañeros, que invocaron su honradez, para que, ya "que se iba á enterrar la República, se enterrara con decencia". Así lo dijeron algunos. El dia de la historia ha de llegar y se nos juzgará con calma.

Olvidaba decirle que entre los que capitularon no faltan quienes aleguen inocencia y aduzcan que fueron engañados. Eso no pasa de puerilidad. Examínense las circunstancias y se verá que es inverosímil.

Aprovecho esta ocasion para decirle que la calumnia no se detiene ante ninguna consideracion. El Gral. Gomez, á quien todos debemos gratitud y respeto, entre otras cualidades notables, por su acrisolada honradez, es uno de los que mas mal han sido tratados por los difamadores de oficio. Y Máximo Gomez se está muriendo de hambre!.....

Disimule Ud. los claros y vacíos que en esta carta se advierten. Como no tengo á la vista ciertos documentos, no he querido mencionar algunos hechos de bastante importancia. Mi intencion ha sido dar á Ud. una idea ligera de lo ocurrido; no sé si lo habré logrado.

Por lo demas, puedo probar todo lo que dejo escrito, como he probado siempre ser su verdadero, afectísimo amigo.

R. ROA.

